

El mensaje de Cristo (2.3b–4)

^{3b}La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron, ⁴testificando Dios juntamente con ellos, con señales y prodigios y diversos milagros y repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad.

Habiendo exhortado a sus lectores para que no permitieran que la verdad del cristianismo se deslizara de sus manos, el autor de Hebreos volvió a referirse al tema del mensaje de Dios. En 2.3b–4, resaltó valor del mismo.

UN MENSAJE HABLADO (2.3b)

«... habiendo sido anunciada primeramente por el Señor». Este mensaje es único de Cristo. En efecto, el mensaje completo de la verdad no fue predicado por Juan el Bautista, sino por Jesús. La iglesia no comenzó y no pudo haber comenzado con Juan. El reino comenzó después de la muerte de Juan, lo que explica por qué Jesús dijo: «... el más pequeño en el reino de los cielos, mayor es que él» (Mateo 11.11). El pronunciamiento que hizo Jesús acerca de Juan demuestra que los discípulos que estaban presentes en ese entonces serían parte del reino después de Pentecostés y, por lo tanto, serían mayores que Juan. Esto no significa que un discípulo de Jesús tenía mejor carácter que Juan, sino solamente que los que estaban en el reino tenían mayores bendiciones. La declaración de Mateo 11.11 no nos permite alegar que cualquiera haya superado la grandeza personal de Juan.

El hecho de que el evangelio fue primeramente anunciado «por el Señor» es más admirable que si hubiera sido anunciado por ángeles, como sucedió con el viejo pacto. Puede que los judaizantes hayan estado diciendo: «Nuestra Ley fue dada por ángeles y este evangelio es predicado por hombres». Sin embargo, Jesús es el mediador del nuevo pacto.

El reino estuvo cerca cuando Cristo el rey estuvo cerca; Este enseñó todos los principios de Su reino, demostró su naturaleza por medio de Su carácter y les dejó Su mensaje a Sus discípulos. A medida que estos eran guiados por el Espíritu Santo, le dieron aplicación, lo ampliaron y lo explicaron una vez que el reino hubo llegado. ¡Colosenses 1.13 se refiere a los santos de Colosas estando ya en el reino! A Jesús se le identifica como «Señor» en el pasaje que nos ocupa y en 7.14, lo cual quiere decir que es soberano sobre Su reino (en unión con Dios el Padre, como lo sugiere Efesios 5.5).

UN MENSAJE CONFIRMADO (2.3c)

Habiendo sido dado por el Señor, el evangelio «... nos fue confirmad[o] por los que oyeron» (vers.º 3c). El poder para confirmar el evangelio fue prometido por Jesús a los apóstoles (Marcos 16.17, 18), y estos lo utilizaron plenamente (Marcos 16.19, 20). Esto fue realizado por medio de poderes milagrosos otorgados por «dones del Espíritu Santo».¹ Para verificar el nuevo mensaje que Cristo y los apóstoles proclamaban, era necesario que ellos tuvieran poderes sobrenaturales. El autor de Hebreos afirmó que el mensaje hablado por el Señor fue visiblemente aprobado por Dios con los dones milagrosos del Espíritu Santo. La nueva revelación requirió de la demostración del poder divino a manera de confirmación. Por ejemplo, Juan llegó al punto culminante de su narración del Evangelio al hablar acerca de la aparición del Señor resucitado a Tomás, el que había dudado. Cuando Tomás vio a Jesús ese domingo, confesó: «¡Señor mío, y Dios mío!» (Juan 20.28). Luego le siguió la tesis de Juan que aseveraba:

¹ Para la lista de esos dones, vea 1ª Corintios 12.4–11, 28–30.

Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre (Juan 20.30, 31).

La salvación completa se obtiene por medio de la fe en las Escrituras, al ser leídas, creídas y obedecidas. Por lo tanto, no necesitamos milagros modernos para creer y ser salvos. ¿Por qué haría Dios lo innecesario?

Todas las objeciones de parte de escépticos antiguos como modernos en cuanto a la resurrección no pueden cambiar el hecho de que miles creyeron en Su resurrección física ocurrida en Jerusalén, tan solo cincuenta días después de la muerte de nuestro Señor. Si no hubieran estado convencidos de Su resurrección, la iglesia no podría haber comenzado en Jerusalén. Este es el gran milagro en el que se centra el Nuevo Testamento. Hebreos 2.4 reafirma que el propósito de los diferentes poderes espirituales («dones») era confirmar la Palabra. Después de que se llevó a cabo, tales poderes se volvieron obsoletos para generaciones futuras, que tenían la poderosa Palabra de Dios revelada en las Escrituras.

UN MENSAJE ETERNO (2.4)

Un mensaje confirmado no necesita ser constantemente reafirmado por medio de milagros continuos. Una vez que la Corte Suprema de los Estados Unidos establece un precedente en un caso dado, el principio establecido permanece siendo verdadero y es aplicable en una corte inferior. De un modo similar, la revelación de la Palabra de Dios fue confirmada una vez por todas.

Las señales milagrosas fueron pruebas del apostolado (2ª Corintios 12.12) y continuaron mientras la prueba fuera necesaria. Las «señales» y los «prodigios» eran simplemente dos formas de ver lo mismo (vers.º 4). Una «señal» indicaba que el evento milagroso anunciaba un mensaje acerca de Dios y del mensajero para el observador. Estas señales fueron llamadas «prodigios», porque producían asombro en las mentes de los espectadores. Nadie podía argumentar razonablemente que no se estaban realizando milagros; lo único que podían objetar era que esos actos eran realizados con el poder del diablo (Mateo 12.22–28).

Los milagros y la revelación iban juntos porque la revelación nueva necesitaba una confirmación nueva. Cuando Dios ofreció nueva revelación, le proveyó poderes al vocero a fin de demostrar el auspicio divino. Moisés realizó milagros cuando fue enviado a Israel y al faraón egipcio (Éxodo 4.1–9,

29, 30). Eliseo sanó a Naamán, general sirio que era segundo en mando después del rey, y lo convenció del poder de Dios. Indudablemente, por medio de él, algunos de su nación también llegaron a creer en el Dios verdadero (2ª Reyes 5).

No hay equivocación al enfatizar demasiado que la Escritura nueva y los milagros van juntos. Se podría desafiar a los que alegan tener el poder de hacer milagros, preguntándoseles: «¿Dónde están sus nuevas Escrituras?».² Del mismo modo, se podría desafiar al que escribe «nueva Escritura», preguntándosele: «¿Dónde están sus milagros que se comparan a los de Jesús y los apóstoles? Por ejemplo, ¿a quién ha levantado usted de la muerte?».

El mensaje de Cristo fue confirmado con milagros verdaderos (vea Juan 20.30; Marcos 2.10–12). El milagro de Marcos 2 demostró el poder y la autoridad de Cristo para perdonar pecados. En vista de que pudo sanar a un hombre paralítico, lo cual obviamente constituía un acto sobrenatural, era claro que actuaba en el lugar mismo de Dios y que también podía perdonar pecados. Los poderes milagrosos eran evidencia de que el que los realizaba servía como vocero de Dios.

La confirmación de los mensajes divinos por medio de los milagros era esencial en el pasado cuando se escribió Hebreos. Esto se insinúa en el texto de 2.2–4 y en otros pasajes (vea Marcos 16.20; Juan 20.30, 31). Las señales que «[confirmaron] la palabra» (Marcos 16.20) fueron llevadas a cabo para cuando se escribió Marcos. Los poderes para hacer milagros, o dones espirituales, habían de durar hasta que hubieren confirmado adecuadamente la Palabra de Dios; entonces acabarían (1ª Corintios 13.8–10; Efesios 4.8–13). La voluntad confirmada de Dios, la cual podía proveer toda la guía necesaria, terminó con la necesidad de tener «dones». Pablo se centró en la mayor necesidad de la iglesia, es decir, el amor, lo cual es mucho más importante para nosotros hoy (y para los del siglo primero) que cualquier poder milagroso. Sin embargo, los lectores de Hebreos sabían muy bien de los milagros de Jesús. No necesitaban de una confirmación continua, pese a que sí estaban necesitando de la enseñanza adicional que la presente carta les proveía.

Del mismo modo que el maná dejó de caer cuando Israel entró a Canaán, los milagros también cesaron cuando la iglesia dejó la «infancia» que requería de dones, y maduró por medio de la Palabra. Nunca hubo (ni esa fue la intención) un período prolongado de tiempo cuando Dios de

²James D. Bales, *Studies in Hebrews (Estudios sobre Hebreos)* (Shreveport, La.: Lambert Book House, 1972), 29.

forma continua realizara milagros para Su pueblo. Jesús hizo esa observación al referirse a Naamán el Sirio, que fue sanado de lepra cuando ninguno de los muchos leprosos de Israel estaban siendo sanados (Lucas 4.27).

La palabra «repartimientos» (_____, *merismos*) significa «distribuciones». Esta palabra no es la misma que se usa para «don espiritual» (_____, *charisma*) usada por Pablo en Romanos 1.11; la cual tiene una forma singular, *charisma* (vea Romanos 12.6; 1ª Corintios 1.7; 12.4, 9, 28, 30). Cada uno de los elementos de Hebreos 2.4 fue usado en la confirmación que Dios hizo del mensaje. Es cierto, el término *merismos* no es la misma palabra *charisma* que se usa en otros pasajes para referirse a «dones espirituales»; sin embargo, no significa necesariamente que un término no pueda incluir al otro.

Las señales produjeron un tremendo respeto por la autoría apostólica (Hechos 2.43). Seguido de Hechos 6.6–8, tales poderes fueron otorgados donde los apóstoles se hacían presentes (Hechos 8.14–17; 19.1–6; Romanos 1.11; 1ª Corintios 12.8–10). Tenemos que llegar a la conclusión de que adonde los apóstoles no fueron (o no pudieron ir) personalmente, ¡no había nadie con autoridad ni el poder para transmitir tales dones! Jesús y los apóstoles levantaron muertos (Hechos 9.36–43); ninguna persona que viva hoy puede hacer eso. Tenemos que estar siempre al tanto de los falsos realizadores de milagros, puesto que Dios permite que los que no creen ni aman la verdad sean atraídos por un «poder engañoso» con apariencia de milagros (2ª Tesalonicenses 2.9–11; vea Mateo 7.21–23).

PREDICANDO SOBRE HEBREOS

LA NECESIDAD DE LOS MILAGROS (2.3b–4)

Los milagros fueron necesarios una vez, sin embargo, no lo son ahora, porque tenemos el mensaje de la verdad, confirmado y verificado por medio de la resurrección de Cristo y Sus apariciones a testigos confiables. Algunos de estos testigos dieron sus vidas en lugar de negar lo que habían visto. El mensaje de la narración del Evangelio de Juan describe de una forma apropiada los milagros de Jesús, incluida Su resurrección, con el fin de crear en nosotros la fe que nos lleva a la vida eterna (20.30, 31). ¿Qué más necesitamos?

¿Por qué han cesado los milagros? James Burton Coffman dio una buena respuesta ilustrativa, diciendo:

Tal vez, la respuesta yace en un estudio de la

forma en que Dios trató con el Israel antiguo, un estudio que rápidamente revela la naturaleza temporal de los milagros. Cuando Israel entró a Canaán, el maná cesó; la columna de nube y de fuego dejó de cuidarlos; y la nación entró a una nueva era (Jos 5.12). El cese de los milagros en Canaán debería motivar a los hombres a esperar que también debían haber cesado después de algunos años durante el inicio de la historia de la iglesia.³

Hay quienes piensan que los milagros tienen que continuar puesto que «el nacer de nuevo es en sí mismo un milagro». ¿Dónde lo describe así el Nuevo Testamento? Más bien, al comparar la conversión a Cristo con un «nacimiento», Jesús estaba diciendo que no era algo de lo cual «maravillarse», puesto que era un proceso natural como el nacimiento físico (Juan 3.7).

Se podría aducir que el nacimiento de un bebé es un milagro, sin embargo, se hace en detrimento de un lenguaje razonable. Algo que sucede repetidamente de la misma manera y por la misma causa, no es más milagroso que la salida del sol de todos los días. No es extraño que Jesús dijera que Nicodemo no había de maravillarse ante un nuevo nacimiento. El evangelio era predicado; las personas lo escuchaban y sus corazones eran conmovidos; preguntaban qué hacer y obedecían lo que se les decía (Hechos 2.13–41). Sucede así siempre que la palabra verdadera es predicada, y sucede sin intervención directa del Espíritu Santo, lo cual constituiría un milagro. «Al oír esto», se sintieron culpables (Hechos 2.37).

El Espíritu, como era lo usual, obró por medio de Su Palabra, la cual es la «espada del Espíritu» (Efesios 6.17), Su arma penetrante que corta el alma de cada uno de nosotros. Los que creen que nacer de nuevo es un milagro, lo convierten en algo misterioso, cuando Jesús dijo lo opuesto. Los milagros son eventos excepcionales y sobrenaturales que van más allá de lo natural.

Las señales que confirmaron la verdad y la autoridad del mensaje incluyeron dones espirituales milagrosos. ¿Han llegado estos dones hasta nuestros tiempos? Muchos creen que así es, sin embargo, cada reclamo moderno de milagros no se compara con los de la Biblia. Después de la muerte de Ananías y Safira, las multitudes tuvieron más respeto por los apóstoles. Otros ni siquiera se atrevían a tener una comunión cercana con ellos, sin embargo, Hechos 5.14 dice que multitudes eran añadidas a la iglesia.

³James Burton Coffman, *Commentary on Hebrews (Comentario sobre Hebreos)* (Austin, Tex.: Firm Foundation Publishing House, 1971), 43.

Ciertamente, la intención de Dios era que la autoría de los apóstoles no fuera cuestionada.

Si los predicadores hoy tienen el mismo poder de Dios obrando en ellos, ¿por qué no reaccionan con la misma demostración de castigo? Si tienen «ministerios de sanidad», ¿por qué no tienen «ministerios de juicio»?

La autoridad de los apóstoles está registrada en sus escritos (y la de «hombres apostólicos» o compañeros de los apóstoles). Nada de lo que pasa en el siglo veintiuno se le compara a lo que sucedía bajo la supervisión de los apóstoles del siglo primero.

¿Por qué algunos promueven tanto los ministerios de sanidad, cuando el juicio con muerte a dos miembros de la iglesia fue lo que mejor convenció a las personas en cuanto a la autoridad de los líderes de la iglesia neotestamentaria? ¿Si un evangelista hiciera eso ahora, la gente tendría temor de unírsele a su organización!

Las sanidades eran algo normal en el ministerio apostólico inicial (vea Hechos 2.43). Una sanidad bíblica era realizada sin fanfarria ni programas musicales, y no era nada que pudiera ser considerado un mensaje emotivo para animar anticipadamente a la audiencia. En un caso que se dio, las únicas acciones fueron que Pedro al pasar, diciendo que él no tenía dinero, le instó a un hombre diciendo: «En el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda» (Hechos 3.1–10 y 5.15). Hoy, muchos alentarían a Pedro a detenerse y hacer una colecta de dinero. No tenía riquezas para ofrecerle al paralítico; de hecho, el mismo Pedro podría haber aprovechado un poco de ayuda financiera (Hechos 3.6).

Muchos grupos religiosos buscan atraer a las personas por medio de «suplirles sus necesidades», «con una celebración que no enoje a nadie», o «con un servicio de adoración alegre», que haga que la gente piense que han adorado, cuando solamente han sido entretenidos. ¿Por qué tantas iglesias tienen servicios especiales con presentadores profesionales cada domingo para atraer a su público? Tales eventos han disminuido el interés de las personas en la predicación del evangelio, y por lo tanto, disminuido el poder de la iglesia.

¿DÓNDE ESTÁ EL PODER?

Marshall Keeble a menudo se refería a un hombre que conoció un domingo el cual caminaba con su Biblia bajo el brazo. Le preguntó al hombre así: «¿A dónde va con esa Biblia?». «Voy a conseguir el poder», contestó el hombre. El hermano Keeble le decía a su audiencia: «¡Este hombre no sabía que tenía bajo su brazo todo el poder que habría deseado

si tan solo supiera como usarlo!».

El poder del evangelio es lo que la gente necesita; sin embargo, no es, tal vez, lo que desean. El «mensaje predicado» es lo más eficaz para alcanzar las almas perdidas, no el drama ni la danza. Los griegos y los romanos habían convertido el drama en todo un arte, sin embargo, este no era el medio que Dios escogió para salvar las almas y edificar la iglesia. Primera de Corintios 1.21 habla del medio que escogió, diciendo: «Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación».

MILAGROS INNECESARIOS

Los milagros han cesado; cuando el mensaje fue completamente confirmado, estos se volvieron innecesarios. Marcos 16.20 anunció que el proceso de confirmación ya había pasado. Los milagros no habían de facilitar las necesidades particulares de los cristianos. Esta tal vez sea una razón por la que Timoteo tuvo que hacer uso de un «poco de vino» para su malestar estomacal (1ª Timoteo 5.23). Podríamos preguntarle al apóstol así: «Pablo, ¿por qué no sanas al joven Timoteo con tus dones milagrosos?». Pablo tuvo que dejar a Trófimo en Mileto cuando este estuvo enfermo (2ª Timoteo 4.20). ¿Deberíamos amonestar el actuar de Pablo?

No hay persona viva hoy que pueda sanar una herida al instante. Eso sería un milagro.

LA ORACIÓN DE FE

Observe que muchos predicadores que alegan sanar por el poder de Cristo hoy, llaman a su «pastor» (singular), y no a sus «ancianos» (plural) para que oren por el enfermo. Santiago garantizaba la sanidad por medio de la oración y la fe de los ancianos, los cuales debieron haber tenido el don espiritual de sanidad (1ª Corintios 12.9; Santiago 5.14–16). A los enfermos de hoy se les dice: «Si tienen suficiente fe, pueden ser sanados». Sin embargo, Santiago estaba hablando de la «oración de fe», queriendo decir la fe del que oraba. Una pregunta que se hace dice: «¿Por qué permitiría Dios que un inocente bebé muera si hay personas con fe para sanar, cuando le otorga sanidad a alguien que ha vivido toda su vida en pecado?». Si bien los caminos de Dios son a veces inescrutables, el propósito de los milagros ha sido aseverado en las Escrituras, esto es, para confirmar el evangelio de manera que sea creído y resulte en la obtención de la vida eterna (Juan 20.30). No existe necesidad de seguir confirmándolo.

La situación de Santiago 5 estuvo limitada al período cuando los ancianos tenían poderes mi-

lagrosos. Hoy no tenemos ancianos con poderes similares. La unción con aceite podría haber sido una señal de regocijo porque ciertamente estaba por ocurrir una sanidad milagrosa. Es posible que la unción era una señal para limpiar, vestir y levantarse a celebrar la sanidad que era segura. Podría haber sido el «óleo de alegría» (Salmos 45.6, 7; citado en Hebreos 1.8, 9). El comer a la mesa y la unción con aceite eran precisamente señales de tales ocasiones de gozo en Salmos 23.5.

«Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos» (Hebreos 13.8), sin embargo, este hecho no quiere decir que realice milagros hoy de la forma como lo hizo una vez. Caminó una vez en medio de los hombres, sin embargo, no está en la carne con nosotros hoy. Dios creó una vez al hombre del polvo, sin embargo, no lo hace directamente de esa forma hoy. Cristo siempre es la misma persona, sin embargo, no actúa siempre de la misma manera.

JESÚS COMO DIOS (SALMOS 45.6, 7)

Tu trono, oh Dios, es eterno y para siempre; cetro de justicia es el cetro de tu reino. Has amado la justicia y aborrecido la maldad; por tanto, te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros (Salmos 45.6, 7).

Incrustada en esta descripción del rey tenemos a la integridad: «Tu trono, oh Dios, es eterno y para siempre» (45.6a). Él es el rey de Dios; sus estándares son la verdad y la justicia; es un líder del pueblo sumiso de Dios. Como el representante terrenal de Dios, esto es, el que Dios ha asignado, el rey que se compromete a la verdad de Dios, su trono es invencible. Su influencia durará «para siempre».

A continuación, el salmista dijo: «... cetro de justicia es el cetro de tu reino» (45.6b). El «cetro» que este rey tiene en su mano, la señal de su autoridad real, lo constituye la rectitud moral.

La verdad guiará al rey, y la «justicia» será el estándar con el que regirá los asuntos de su reino. De él se puede decir: «Has amado la justicia y aborrecido la maldad» (45.7a). Lo motivan dos emociones, a saber: el amor y el aborrecimiento. En vista de que ama la justicia y aborrece la iniquidad, Dios lo ha escogido para que sea Su rey. «... por tanto, te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros» (45.7b). Al ungirlo, Dios lo ha

tomado aparte de sus «compañeros» y le ha dado responsabilidades únicas y asombrosas.

Los versículos 6 y 7 son citados de la Septuaginta en Hebreos 1.8, 9 y son aplicados al Mesías. No puede haber duda de la aplicación que se hace en Hebreos, en vista de que la cita es introducida con las palabras descriptivas que dicen: «Mas del Hijo dice: ...» (1.8). El salmo tiene que estar expresando las cualidades supremas del rey con una exageración poética y en términos del atributo ideal de un rey. La descripción del autor prefigura en profecía al rey que había de poseer estos rasgos de la perfección, es decir, el Mesías que venía.

El rey terrenal, el cual es el tema predominante del salmo, estaba siendo descrito en las palabras elevadas del idealismo. En ocasión de sus bodas, fue descrito como un hombre de integridad y de pureza moral, esto es, la única clase de hombre que Dios escogería como Su rey. El rey descrito tiene los rasgos que Dios desea en todas las personas, especialmente en Su rey. Sin embargo, en un plano más elevado, la descripción idealizada del rey constituye una profecía gráfica que tenía que ver con el Mesías que poseería estos rasgos en autenticidad, perfección y verdad.

Eddie Cloer

Autor: Martel Pace
©Copyright 2005, 2010, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados